

EL EUROCOMUNISMO, OBJETO DE HISTORIA

Marc Lazar
Sciences Po-LUISS

Como se ha visto por la lectura de los artículos que preceden, el eurocomunismo, neologismo forjado por unos periodistas y que, por cierto tiempo, hicieron suyo los Partidos Comunistas (PPCC) francés, español e italiano, designa el intento de los grupos que dirigían esos mismos partidos en los años setenta de inventar un comunismo diferente del de la URSS y de sus países satélites, teniendo en cuenta tanto las realidades democráticas de los régimen pluralistas y de las sociedades de la Europa occidental, como el proceso de construcción del espacio europeo y sus consecuentes relaciones entre este y oeste. Este movimiento tuvo una consistencia común pero, al mismo tiempo, estuvo igualmente caracterizado por su gran heterogeneidad. Esta se debió, entre otras cosas, a las trayectorias de estos tres PPCC, a su inserción en sus sistemas políticos y sus sociedades nacionales, a las relaciones que habían tejido y que seguían manteniendo con Moscú, a las desiguales capacidades de elaboración teórica de sus respectivos liderazgos; y, en fin, a la acepción misma que ellos daban al eurocomunismo.

En su cenit, en los setenta, éste suscitó un interés considerable y unas polémicas incesantes. Fue objeto, notablemente, de una enorme cantidad de artículos de prensa, de ensayos periodísticos, de libros de investigación y obras de referencia o de contribuciones científicas debidas esencialmente a polítólogos y a algunos historiadores apoyados en el análisis de la ac-

tualidad vista en perspectiva. La abundancia, en detrimento de la calidad, de esta producción fue casi inversamente proporcional a la efímera existencia del fenómeno que facilitó la materia. Por otra parte, para recuperar las categorías de la época, hará falta analizar en el futuro, de manera profunda y comparativa, este animado debate que se apoderó de una parte de los intelectuales y de los medios de comunicación de masas, circulando en Europa tanto del oeste como del este e incluso en EEUU. Las tres grandes posiciones identificadas por Frédéric Heurtebize, quien realizó un primer estudio de las controversias intelectuales americanas, aparecían sin duda también en nuestro viejo continente: se enfrentaban, de hecho, los defensores celosos del eurocomunismo, los escépticos prudentes y los detractores venidos de todos los horizontes.¹

Hoy ha llegado el tiempo de la Historia, que permite volver a abrir esa investigación con nuevos aires, sin por otro lado ignorar la producción contemporánea, particularmente la de las ciencias sociales, que proporciona un precioso material de conocimientos y análisis que los historiadores deben conocer, asimilar y también someter a la crítica metodológica. Varios factores contribuyen a abrir otras vías de reflexión y de estudios.

Casi un cuarto de siglo nos separa ya de la época eurocomunista. Este intervalo de tiempo da lugar a un distanciamiento mecánico bien

conocido que facilita el acercamiento histórico por la desecación *de facto* de las pasiones. No es por otra parte una casualidad, si a menudo son los jóvenes historiadores los que se acercan más fácilmente a este terreno de estudio que constituye a sus ojos un objeto frío, un sujeto entre otros que pertenece a un pasado que no han vivido y que tienen que empezar a descifrar, iniciándose, por ejemplo, en el lenguaje de la época, una jerga hoy en día caída en desuso. No es el caso de los mayores que vivieron esa época e incluso, en algunos casos, estuvieron implicados, y que, por consecuencia, tienen que aplicar con un rigor redoblado las reglas de su disciplina; aunque su memoria les facilita una familiaridad con su objeto de estudio, ella también puede inducirles a una reconstitución deformada, a veces tentada de nostalgia, de una experiencia asociada a su juventud. De todas formas, el historiador debe guardarse de caer en la trampa clásica de la sobredeterminación, ya que conoce el desenlace de esta historia y corre el riesgo de buscar exclusivamente las causas que explicarían su fin, en este caso, digámoslo de antemano, el rotundo fracaso del eurocomunismo.

Este alejamiento en el tiempo permite tener acceso a unos recursos documentales muy abundantes. Están abiertos: los fondos de tres Partidos Comunistas de los más activos e influyentes en el eurocomunismo, los cuales están estudiados en este número (el español, el francés y el italiano); los archivos de otros partidos políticos relacionados con los PPCC u opuestos a estos; los archivos americanos, extremadamente importantes; los de las cancillerías y de los ministerios de asuntos exteriores de las grandes capitales europeas (Londres, París, pero también Bonn) que seguían desde muy cerca, y con una fuerte inquietud, la evolución de los PPCC en la Europa del sur, en particular el desarrollo del partido italiano; y, en algunos casos, las investigaciones de la policía y de los servicios de información que vigilaban la actividad de los PPCC. Desde luego, falta, y es una pena, la aper-

tura completa de los archivos soviéticos, mientras que los fondos documentales de los demás Partidos Comunistas europeos en el poder son accesibles, pero poco explotados.

En fin, el eurocomunismo puede ahora ser aprehendido de manera global, sin limitar su estudio a la matriz de la que procede, la del comunismo que en la época tenía una envergadura política, social y cultural que las jóvenes generaciones de estos comienzos de siglo XXI difficilmente comprenden de forma intuitiva, tanto que les parece extraño a su universo. Liberarse de sus fronteras permite insertar la observación del eurocomunismo en una perspectiva más amplia, la de los años setenta, lo que debería alimentar según nosotros unas fructuosas pistas de investigación. Esa década está a punto de constituirse en un campo de investigación histórica pionero, desarrollado por numerosos historiadores. Esa década se revela decisiva ya que señala el fin del ciclo iniciado tras la segunda guerra mundial y el principio de otro mundo, el de hoy día. Los años setenta constituyen un momento crucial, una cesura antropológica esencial, en varios campos. En las relaciones internacionales, con la instauración de una breve fase de distensión en la Guerra Fría, el aumento de la dinámica Norte-Sur que se añade en parte al antagonismo Este-Oeste, la complicación del juego mundial con la emergencia de nuevos actores internacionales que se vienen mezclando a la acción de los Estados-nación, etc. En la economía, por supuesto, con el primer shock petrolero, el fin del ciclo de crecimiento elevado, el paro masivo, el declive de las sociedades industriales y la llegada de las sociedades posindustriales y posfordistas, el agotamiento, en breve, de la Golden Age del capitalismo, y, con ello, de la socialdemocracia. En el campo del capitalismo mundial, que al comienzo de la década pareció, una vez más, en el camino del agotamiento, pero que al final de la misma redobló sus fuerzas sobre unas nuevas bases e inventó unas nuevas tecnologías. En el ámbito de Europa, que, por un lado, acabó de retractarse con la pérdida del

último gran imperio colonial tras la Revolución de los Claveles de Portugal y dijo pues adiós definitivamente a esos horizontes perdidos, y que por otro lado profundizó y extendió la dinámica de su integración. Los campos de las sociedades y de las relaciones sociales, de las generaciones y de los géneros, conocieron unas prodigiosas mutaciones, en particular con la afirmación de la individualización y de las reivindicaciones feministas. En la cultura, la cesura se observó una vez más con unas transformaciones de las políticas, de los comportamientos y de las prácticas culturales. También en el ámbito de las ideologías, el pensamiento de izquierda dominante hasta entonces, después de más de treinta años, entra en crisis y cede terreno a partir de los años setenta al liberalismo, tanto en política como en economía.² Hace falta entonces considerar el eurocomunismo como parte integrante de los Seventies, desde una doble acepción. Por un lado, porque el eurocomunismo constituyó exactamente una de las respuestas de ciertos Partidos Comunistas a los múltiples retos de los años setenta, o mejor, a la manera en la que los percibieron y asumieron. Por otro lado, porque estos partidos políticos son uno de los componentes de la década, como por ejemplo lo es, al otro lado del espectro político y con unas consecuencias diferentes, el liberalismo económico hacia el final de esos años, con el famoso Consenso de Washington, que influenció de forma duradera numerosos partidos, líderes y culturas políticas, y determinó las orientaciones de las políticas públicas.

Dado que Philippe Buton, Andrea Guiso y Emanuele Treglia en sus estudios se han interesado en el PCF, el PCI y el PCE, nosotros pensamos, para concluir este dossier, ofrecer algunas observaciones de orden general. De hecho, varios acercamientos al eurocomunismo en su globalidad son posibles y aún constituyen unas problemáticas de estudio en las que conviene profundizar. Mencionaremos a continuación seis de ellas, aunque no aparecen enunciadas aquí de forma ordenada, dado que están estrechamente

imbricadas las unas en las otras formando una madeja difícil de desenredar.

El eurocomunismo necesita ser circunscrito en el tiempo. Ahora bien, su cronología siempre ha sido discutida y lo que se puede llamar el momento eurocomunista merece aún en nuestros días ser delimitado con mejor precisión. Ya que su desarrollo cronológico es plural y puede incluso constituir un objeto de interés político para quien reivindica su paternidad. ¿Cuándo fechar el inicio del eurocomunismo? En 1973 con el encuentro entre Enrico Berlinguer y George Marchais en Roma, dice el PCF desde inicios del mes de enero del año siguiente, así como el historiador Philippe Buton, lo que incrementa el papel de los comunistas franceses. En 1975 y 1976, dice Emanuele Treglia con los encuentros PCI-PCE y PCF-PCI y sobre todo el comienzo de la transición española. Mientras el PCI, y un número de sus historiadores, no se privan de recordar su anterioridad en una perspectiva de continuidad, en términos historiográficos discutibles, que une el Memorial de Yalta de Palmiro Togliatti a las primeras declaraciones de Enrico Berlinguer en enero 1973 sobre «una Europa ni antiamericana, ni antisoviética». De alguna manera, el PCI habría practicado el eurocomunismo sin saberlo o, dicho de otra forma, habría producido su sustancia antes de darle un sustantivo. Dicho esto, puede mostrarse útil exhumar los antecedentes del eurocomunismo, aun diferenciados según los partidos; a partir de 1956, en los casos de PCI y PCE, y unos años después en el caso del PCF, los comunistas europeos del oeste toman un camino que les lleva a distanciarse de Moscú para insertarse de la mejor manera en el corazón de las realidades nacionales en las que evolucionan. La condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968, que una vez más no tiene exactamente la misma proporción de un partido a otro, representa un momento clave para la evolución de esos mismos PPCC. En esta perspectiva, el eurocomunismo no es pues una tormenta resplandeciente en un cielo despejado, sino más bien una etapa

inserta en un proceso más amplio y en una nueva coyuntura. En realidad, los PPCC entran en momentos diferentes en el eurocomunismo. Los italianos abren la vía, en la cual se meten primero los españoles y luego los franceses. En cambio, el apogeo del eurocomunismo, como conjunto más o menos coordinado entre los tres PPCC, se sitúa entre 1976 y 1977. A continuación y casi inmediatamente, empieza su desestructuración según unas modalidades propias de cada uno de los protagonistas. Sin embargo, lo que es sorprendente, es la casi simultaneidad del declive electoral y militante de los PPCC. El PCF desde 1978, cuando el Partido Socialista le supera por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en las legislativas, y más aún en 1981 con la humillación que representa el resultado de Georges Marchais en la primera vuelta de la elección presidencial (15,5% de los sufragios expresados). Paralelamente sus efectivos registran un retroceso en 1979 (540.557 miembros contra 565.058 el año precedente).³ Ese año señala el primer leve revés electoral del PCI, aún contenido, pero que se acentúa en 1986, mientras que sus efectivos habían empezado a debilitarse en 1977. El PCE, por su parte, registra unos resultados electorales alejados de sus esperanzas en 1977 y 1979, mientras que sus efectivos disminuyen desde 1979. En otros términos, el eurocomunismo tendría pues unos antecedentes relativamente próximos, tomaría forma al principio de los años setenta con unos comienzos diferenciados, conocería su apogeo en 1976-1977, antes de disgregarse rápidamente, mientras que sus protagonistas entrarían en una espiral de declive que toma unas formas particulares de un partido a otro.

Este carácter intenso pero fugaz del eurocomunismo puede explicarse en parte por el hecho de desarrollarse en una fase bien concreta de las relaciones internacionales, la de una breve y relativa relajación. Esta dimensión es esencial. Los tres Partidos Comunistas se apoderan de esa oportunidad para intentar aflojar aún más las tenazas de los bloques que les limitan con-

siderablemente. Pero la paradoja se debe a que ni Washington ni Moscú, los dos principales actores de las relaciones internacionales de la época, sobre todo en el continente europeo, quieren dejar que se abra un espacio de juego. Washington es profundamente suspicaz, aunque se manifiestan diferentes apreciaciones entre las administraciones Ford y Carter, la primera siendo intrasigente hacia los PPCC, la segunda más sutil, abierta pero a menudo confusa.⁴ En París, Bonn y Londres, la hipótesis de una llegada al poder del PC francés pero sobre todo del PCI, el partido comunista occidental más poderoso, provoca una inmensa inquietud.⁵ La opinión al respecto está dividida. Moscú y el campo comunista denuncian la herejía y ejercen una terrible presión sobre los tres PPCC, llegando a tomar represalias. Mientras que el eurocomunismo representa cierta esperanza y un punto de referencia para los disidentes que apelan al socialismo. Algo como una breve oportunidad que se vuelve a cerrar a partir del final de los años setenta con la crisis de los euromisiles iniciada en 1977-1979, la invasión soviética de Afganistán en 1979, y el golpe de estado del general Jaruzelski en 1981. El aire se enrarece para los PPCC, quienes efectuarán unas direcciones opuestas.

El eurocomunismo representa una estrategia de poder entablada por unos PPCC que, en el caso del francés y el italiano quieren salir de la oposición a la que han quedado relegados desde 1947, y en el caso del PCE busca un papel preeminente en la Transición. El punto común de estos PPCC, en los años setenta, consiste en la intención de usar el eurocomunismo para resolver los grandes dilemas, algo paralizadores, de los principales PPCC de la Europa occidental. A saber: ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos y, a partir de este hecho, qué funciones cumplen? ¿Pueden contentarse con quedarse como unos simples partidos antisistema y de protesta, fuertes en su base electoral pero con el riesgo de verla progresivamente erosionarse? ¿Cómo concretar su proclamación reiterada de un diseño prometeico y de su identidad revolucionaria?

¿Hace falta esperar para realizar su comienzo oficial (abatir el capitalismo, cambiar el orden de sus países y del mundo) a la inversión completa de la coyuntura internacional y la ayuda de la URSS? Con el eurocomunismo los PPCC intentan diseñar unas estrategias eficaces, incluso creíbles, de conquista del poder, que cada partido desarrolla de manera diferente.

El PC francés está comprometido en la unión de la izquierda, que a mediados de los años setenta se inclina a favor del Partido Socialista de François Mitterrand, lo que desemboca en la ruptura de esta misma unión en 1977-1978: el PCF navega desde entonces a la deriva, oscilando a merced de los vientos cruzados, convertido en un verdadero barco ebrio. El PCI se implica a partir de 1976, tras la puesta en marcha del compromiso histórico en 1973, en una política de solidaridad nacional y democrática. El PCE pasa de una estrategia de ruptura (de 1975 a 1976) a una estrategia de negociación y de búsqueda de consenso por arriba. En los tres casos, el eurocomunismo proporciona una forma de legitimación para encarar, en definitiva, la cuestión del poder y dar credibilidad democrática a esos partidos, mientras que estas estrategias deben dar pruebas de la consistencia del eurocomunismo. Este último sirve para distinguirse de la URSS y de los demás países comunistas pero, al mismo tiempo, tiene también un uso doméstico: intenta desactivar las críticas de la derecha y de los anticomunistas de todos lados mostrando la conversión de los comunistas a la democracia liberal y representativa y su sentido de responsabilidad gubernamental que justificarían detentar carteras ministeriales. El eurocomunismo es también una herramienta para distinguirse de los partidos concurrentes, en particular de los socialistas. En los tres casos, la constatación es amarga. Si el eurocomunismo ha cumplido de manera incontestable una función legitimadora, ya lo volveremos a señalar, sin embargo no ha constituido un recurso para alcanzar la victoria. Peor aún, sin duda ha contribuido a meter en crisis a los tres PPCC,

que declinan y pierden el monopolio que habían poseído durante largo tiempo sobre una iniciativa estratégica que había puesto a los demás partidos de izquierda a la defensiva. El proceso termina por favorecer a los partidos socialistas, que acceden al poder al comienzo de los años ochenta, en Francia (1981), en España (1982) y en Italia (1983), si bien de modos diferentes. Estos partidos predominan sobre los PPCC en Francia y España, mientras que el partido italiano de Bettino Craxi contribuye junto con otros factores a erosionar el poder del partido de Berlinguer sin, por otra parte, lograr invertir la relación de fuerzas. El eurocomunismo cede así el sitio por algún tiempo a lo que ciertos observadores y actores de la época han calificado de «socialismo de la Europa del sur», que tendrá, a decir verdad, una duración de vida aún más efímera.

El eurocomunismo tiene, evidentemente, un carácter estrechamente interior al movimiento comunista, que en el fondo es determinante. Este conlleva varias cuestiones. De entrada, la cuestión, decisiva, de la relación de estos Partidos Comunistas con el sistema comunista mundial. El eurocomunismo se evidencia por una crítica, más o menos fuerte según las fases y las partes consideradas, de las realidades internas de la URSS (su régimen político, principalmente, pero también la estructura autoritaria de la sociedad o aun su historia) y de las relaciones impuestas por el partido soviético a los demás PPCC, en particular a los occidentales. La confrontación ha sido muy virulenta por no decir violenta, tal como lo recuerdan Emanuele Treglia y Philippe Buton. El PCUS, y a veces algunos de los partidos-hermanos, no se han contentado con polemizar públicamente con los PPCC español, italiano y francés. Directamente han intervenido en sus asuntos: enviando ukases; reduciendo o interrumpiendo la ayuda financiera; apoyando a los comunistas favorables a la URSS; incluso, en el partido español, favoreciendo escisiones, y, en el caso de los partidos francés e italiano, amenazando con hacerlo. Sin embargo, la toma de dis-

tancia de los PPCC con respecto a la URSS no ha llegado a traducirse en una ruptura total de los vínculos. Además, su crítica ha salvado algunos dominios, que no han sido tocados más que de manera muy marginal. Eso pasa con la política internacional, por ejemplo. O con la situación de los oponentes a los regímenes comunistas. El PCF, por ejemplo, no los ha sostenido: el célebre apretón de manos de Pierre Juquin, miembro del Buró Político, con el disidente soviético Leonid Plioutch en octubre 1976 representa un acto aislado y sin gran trascendencia.⁶ El PCI se ha interesado por los disidentes, pero con una prudencia extrema. Mientras que representaba una verdadera referencia y esperanza tanto para los contestatarios que se declaran socialistas, como, por otra parte, para los comunistas reformadores de los partidos comunistas en el poder, el PCI se ha andado con rodeos con los primeros jugando más netamente la carta de los segundos, una vez más con ciertos límites, como demuestra el trato incómodo y muy distante que adopta respecto a Jiri Pelikan, comunista checoslovaco, artesano entre otros de la Primavera de Praga, refugiado en Italia y que finalmente será sostenido plenamente por el PSI. Tal como dijo Valentina Lomellini, la cita con la disidencia fracasó.⁷ Sin duda, Santiago Carrillo ha sido objeto de la ira soviética más que Enrico Berlinguer y Georges Marchais. De todas formas, en los tres casos, las direcciones de los PPCC están puestas literalmente bajo presión: dotadas de capacidades de elaboración muy variadas, obligadas a tener en cuenta las reacciones de sus miembros y del aparato intermedio del partido, preocupadas de adaptar sus posiciones a los objetivos perseguidos en sus sistemas políticos nacionales, reaccionarán de manera diferente. El PCF se volverá a alinear desde 1979, manteniendo pese a todo algunos logros sobre su autonomía y siguiendo, a *mezza voce* públicamente, pero de manera más firme en los encuentros bilaterales en secreto, en la emisión de algunas críticas contra los países del «socialismo real». Los dos restantes PPCC

continuarán sus números de equilibristas consistentes en criticar a la URSS, pero considerándola de todas formas como superior al mundo capitalista, y porque los PPCC español e italiano esperan una reforma procedente del interior de la propia URSS: lo que explica porque el PCI, por ejemplo, sostuvo con entusiasmo muy tempranamente la empresa de Gorbachov.

Este distanciamiento no significa en absoluto un corte, un rechazo o una conversión a las posiciones chinas, o a la socialdemocracia, que sigue siendo denigrada, a pesar de los primeros acercamientos entablados por los italianos. Respecto a esto, la gran aportación del eurocomunismo, bien subrayada por Philippe Buton, es la de añadir a la relación clásica entre la nación y el internacionalismo, ya fuente de tensiones en el dispositivo comunista, otro nivel: Europa. Europa representa, sin embargo, un sujeto que hace estallar un gran día las profundas divergencias de apreciación de los tres partidos, que el lector puede reconstruir fácilmente a través de la lectura de los tres artículos que preceden.

Siempre en el seno del mundo comunista, el eurocomunismo introduce un sistema de relaciones complicadas entre los tres protagonistas y en el seno de cada partido. Entre ellos todas las combinaciones de un triángulo amoroso son posibles: relaciones privilegiadas entre dos (PCF y PCI, PCF y PCE, PCE y PCI), y juego de dos contra el tercero. De este hecho se deriva la instauración entre estos PPCC, más bien a nivel de sus esferas dirigentes y de sus intelectuales, de un espacio de confrontación pero también de intercambio y de imitaciones que favorecen, de manera más informal que formal, unas transferencias de ideas, de proposiciones, de reflexiones. A este respecto, el PCI se muestra, en la evidencia, el partido de referencia que inspira a numerosos comunistas franceses y españoles, pero de la misma manera también irrita a otros: lo atestigua el gran impacto de las obras de Gramsci en Francia y en España, y no simplemente en casa de los comunistas sino de toda la izquierda, e incluso más allá.

El eurocomunismo también tiene unas consecuencias en el interior de cada partido, ya que la elección de ir en esta dirección acentúa las divisiones internas, agudiza los enfrentamientos, exacerba las rivalidades y provoca profundas heridas. Además, las relaciones entre dirección y base se vuelven complejas, ya que a los militantes más ancianos y aguerridos les cuesta mucho comprender las posiciones de sus dirigentes. De la misma manera se instauran diferenciaciones en el núcleo dirigente del partido, los más ancianos desconfían de los recién llegados por haberse adherido sobre la base de las posturas de los años setenta, formando una verdadera generación eurocomunista, más abierta, crítica con la URSS, incluso indiferente a lo que ésta pudo representar en el pasado. Esta grieta perdurará en los PPCC, en todos los niveles. Pues los PPCC han sido sacudidos y profundamente desestabilizados por este episodio, pero quedándose dentro de ciertos límites que las direcciones velan para no trasgredir. Son los establecidos como elementos sagrados, imposibles, por conseciente, de discutir: el centralismo democrático, la muestra de unidad del partido, la autoridad de los jefes y, excepto en el caso español, la modalidad de organización. Pero aún nos faltan unos trabajos precisos, a todos los niveles, sobre los tres partidos.

La existencia de temas intocables muestra claramente que una dimensión cultural interviene en el eurocomunismo, pues éste se ha caracterizado por una crítica a la URSS, sin conversión socialdemócrata. Así, ha intentado dar una respuesta a las transformaciones de los países capitalistas y democráticos del oeste europeo, esforzándose por conciliar marxismo y modernidad. Ha reconocido la democracia pluralista, renunciando definitivamente a la dictadura del proletariado. El objetivo principal era permitir a los tres PPCC llegar al poder. Su conversión a este tipo de organización democrática ha puesto en marcha un profundo proceso de aculturación democrática. El eurocomunismo, sin embargo, también quería revitalizar el ideal

comunista, reforzar su identidad y redefinir el internacionalismo, provocando, como ya se ha dicho, unas tensiones considerables en todos los partidos y en toda la opinión marcada por el comunismo. Y, en definitiva, no pudo ser posible: tocar a una de las piezas que formaban el mosaico del comunismo bolchevique significaba provocar la caída del conjunto del edificio. La consecuencia ha sido la rápida marginación del comunismo en Europa occidental, lo que constituye un cambio histórico considerable, dado que el fantasma del comunismo, para retomar la famosa fórmula de Marx, había atormentado el viejo continente.

Precisamente en este sentido, la aventura de estos tres PPCC pertenece plenamente a los años setenta. El eurocomunismo es el producto de los cambios de la época, mientras que su existencia marca el porvenir de este mismo periodo. El apogeo del eurocomunismo en 1976-1977, su disgregación posterior y el inicio del declive irreversible de los PPCC en Europa occidental, demuestran, una vez más, que los años setenta tienen dos vertientes, una perteneciente a un mundo bastante viejo que se termina, otra que engendra un nuevo mundo, el nuestro. El comunismo, siendo un actor importante del primero, ya casi no existe más que como memoria y objeto de historia en el segundo.

Traducción: Renato W. Forlano

NOTAS

¹ Sobre el debate americano, ver Frédéric HEURTEBIZE, *L'attitude de Washington face à l'eurocommunisme en France et en Italie (1974-1981)*, tesis doctoral bajo la dirección de Pierre Mélandri, Université de Paris III, 2011, pp. 133-145. Es de esperar que este trabajo se publique pronto. Para un vistazo rápido, pero sugestivo, de múltiples trabajos consagrados al eurocomunismo, ver Silvio PONS, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006, pp. XV-XVIII. Emanuele Treglia en su introducción ha señalado las principales obras dedicadas a este tema.

² A título de ejemplo, véase Philippe CHASSAIGNE, *Les années 1970. Fin d'un monde et origine de notre modernité*, París, Armand Colin, 2008; el número especial «European Responses to the Crisis of the 1970s and 1980s», *Journal of Modern European History*, vol. 9, 2, 2011; VARSORI, Anto-

EXPEDIENTE

nio y MIGANI, Gaia (eds.), *Europe in the international arena in the 1970s: entering a different world. L'Europe sur la scène internationale dans les années 1970*, Bruselas, Peter Lang, 2011.

- ³ MARTELLI, Roger, *Prendre sa carte 1920-2009. Données nouvelles sur les effectifs du PCF*, Pantin, Fondation Gabriel Péri-Département de la Seine Saint-Denis, 2010.
- ⁴ Además de la tesis de Frédéric Heurtelbize ya mencionada, véanse, entre otros: BROGI, Alessandro, *Confronting America. The Cold War between the United States and the Communists in France and Italy*, Chapel Hill, The University of North Caroline Press, 2011, pp. 302-346; GUALTIERI, Roberto, «The Italian Political System and Detente (1963-1981)», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 9, 4, 2004, pp. 428-449; GENTILONI SILVERI, Umberto, *L'Italia sospesa. La crisi degli anni Settanta vista da Washington*, Turín, Einaudi, 2009; NJOSLTAD, Olav, *Peacekeeper and Troublemaker: The*

Containment of Jimmy Carter, 1977-1978, Oslo, Norwegian Institute for Defense Studies, 1995; Id., «The Carter Administration and Italy: Keeping The Communists Out of Power Without Interfering», *Journal of Cold War Studies*, vol. 4, 3, 2002, pp. 56-94.

- ⁵ VARSORI, Antonio, «Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia», *Ventunesimo Secolo*, 16, 2008, pp. 89-121.
- ⁶ Véanse los testimonios de Juquin, Pierre, *De battre mon cœur n'a jamais cessé*, París, L'Archipel, 2006, pp. 365-366. Véase también VAISSIÉ, Cécile, «Les chevres, les choux et les canards sauvages: les ambiguïtés françaises face à la dissidence soviétique», *Communisme*, 62-63, pp. 153-172.
- ⁷ LOMELLINI, Valentina, *L'appuntamento mancato. La sinistra italiana e il dissenso nei regimi comunisti (1968-1989)*, Florencia, Le Monnier, 2010.



EL PASADO COMO PROBLEMA. ENTREVISTA CON SANTOS JULIÁ SOBRE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Abdón Mateos



¿Cómo se desarrollaron tus primeros años de niñez y juventud?

Yo nací en Ferrol, en 1940, pero mi infancia y juventud es de Sevilla, donde mi familia se vio obligada a trasladarse seis años después y donde cursé el bachillerato, en el Instituto San Isidoro, y luego ingresé en el Seminario de San Telmo. De Sevilla son mis primeros y mejores amigos y de Sevilla me fui en dos ocasiones. La primera a París en septiembre de 1967. Don Ramón Carande me había recomendado que me presentara a Marcel Bataillon pero mis imborrables recuerdos de París están unidos a los largos ratos de charla con José Bergamín y

con Fernando Claudín, y con mi mejor amigo de Sevilla, Manuel Mallofret. En los años anteriores, desde que terminé mi licenciatura en Teología en Salamanca, había sido compañero de viaje del PCE. La gente de Comisiones Obreras se reunía en mi casa, en el Polígono Sur. Sabían que yo estaba a su disposición y cuando fui a París contacté con exiliados del PCE. Escribí dos artículos largos, uno sobre el diálogo entre marxismo y cristianismo y otro sobre la política de Pablo VI ante la guerra de Vietnam. Manuel Azcárate no los vio muy apropiados para la revista *Realidad* y se los pasé a Fernando Claudín que los publicó en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, después de que Bergamín dejara en el primer folio su *imprimatur*. Fueron mis dos primeros artículos, firmados con mi nombre y mis dos apellidos en 1968, poco antes de mayo. Volví Madrid y, años después, a principios de 1973, mis amigos de Sevilla me ofrecieron la dirección del Colegio Aljafare, pero muy pronto vi en el ABC una convocatoria de becas para Estados Unidos, administradas por la Comisión Fulbright, y presenté una solicitud. Recuerdo que me entrevistaron el mismo día en que ETA asesinó a Carrero Blanco: me concedieron la beca y dejé de nuevo Sevilla, rumbo esta vez a California. Eso fue en el verano de 1974.

En esos años publicaste tus primeros libros sobre la Revolución china y un manual marxizante para una Escuela de Formación Profesional.

Bueno, un amigo jesuita de Sevilla, Manuel Bermudo, que había impulsado las Vanguardias Obreras, me encargó un manual para una Escuela de Formación Profesional con la que tenía alguna vinculación. Sabiendo que era aficionado a la Historia, me pidió unos apuntes de historia universal para los chavales, y al final decidieron publicarlos en un libro. El libro se vendió muchísimo, con varias ediciones que utilizaron diversos cursos para mayores. En algún momento, Ricardo de la Cierva atacó desde el diario *Ya* a los jesuitas por publicar libros marxistas como le parecía el mío. Entonces, el director de la editorial Mensajero, de Bilbao, me pidió explicaciones por el contenido del libro. Me pareció tan ridículo que se dejara caer años después con eso que, antes de dar las explicaciones exigidas, retiré mi autorización para que siguieran publicándolo.

Esas publicaciones eran como ganapanes, pues en esos tiempos vivía de traducciones, encuestas y trabajos diversos. Otro libro de encargo, para el Círculo de lectores, fue sobre la China de Mao, en el que contaba su evolución desde los orígenes del Partido Comunista hasta la revolución cultural. La censura obligó a sustituir el título *La China Popular* por *La China roja*, tachando todo lo relativo a la «larga marcha», quizás porque tenía un tono demasiado épico. Ahora lo veo y me parece mentira haberlo escrito, pero en fin, ahí está, gracias a otro amigo de Sevilla y de Salamanca, Daniel Romero.

¿Te había influido el 68 desde un punto de vista ideológico, en el sentido de ver al PCE como un partido revisionista?

No, no, a pesar del entusiasmo que levantó aquella explosión de palabra, yo seguí pensando que el PCE mantenía la política más adecuada a las circunstancias españolas. En los años sesenta en Sevilla, la relación entre comunistas y cristianos era bastante estrecha. Hacíamos en la práctica aquella política de «reconciliación nacional» que el PCE impulsaba desde 1956: fuimos demócratas antes de la democracia, como aquel que escribía en prosa sin saberlo. Nos reunía-

mos, nos veíamos, participábamos en las mismas iniciativas. Tuve muy buenos amigos comunistas y sabía perfectamente que eran militantes del PCE los que venían a mi casa para organizar las comisiones obreras, que aun se escribían muchas veces sin mayúscula. Ellos no lo ocultaban cuando venían a aquella casa —más bien casitas bajas, como eran conocidas, de una barriada de viviendas prefabricadas con planchas de uralita— y se quedaban un buen rato en la puerta, para que la policía tomara nota de su presencia y de que se reunían allí. Cuando fui a París lo primero que hice fue encaminar mis pasos a la Fundación de Investigaciones Marxistas donde se reunía el comité de redacción de la revista *Realidad*, que, si no recuerdo mal, estaba en la misma calle en que se rodaron algunas escenas de *El último tango en París*.

¿Cuál era tu proyecto de estudio entonces?

Mi primer proyecto fue para ir a Estados Unidos: un proyecto muy fantasioso sobre la persistencia de las estructuras en las sociedades posrevolucionarias, con el ánimo de hacer algo de sociología histórica. Intentaba aplicar, como Trotsky, categorías de la revolución francesa a lo que había pasado en Rusia, pero cuando llegué a Stanford y vi el fondo Bolloten, di libre curso a mi interés sobre lo sucedido en España, preguntándome por las razones de la derrota de la República. Ese fondo de prensa y folletos era algo imposible de encontrar entonces en España. Años después, iría a dar un curso en La Jolla, donde guardaban la colección Soutworth, que era más rica en folletos, sobre los años republicanos. La biblioteca de la Hoover Institution, de Stanford, fue muy importante para mí porque me empapé de lecturas sobre socialismo y comunismo desde la creación de la Internacional hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Me ayudó a situar lo que en principio, sin proponérmelo, fue creciendo como un estudio de *La izquierda del PSOE*, un análisis político, que fue mi primer trabajo de investigación. Luego, mi tesis doctoral, en cambio, fue un trabajo de his-

toria social sobre Madrid en los primeros años republicanos. La tesis es de 1981 pero el texto lo seguí trabajando hasta que publicarlo en 1984.

¿Tu formación como historiador fue autodidacta o tuviste maestros?

No, no tuve maestros. En los años de Stanford mantuve una excelente relación con Burnet Bolloten. Era muy cordial y generoso, y de un anticomunismo visceral, marcado por los primeros años de la guerra fría. Era un tipo estupendo, podíamos pasar horas charlando de la República y de la guerra civil. A la vuelta, hice la licenciatura de Sociología en la Universidad Complutense por libre, solo iba a examinarme, ya que tenía que ganarme la vida en diversos trabajos. Antes de salir a Estados Unidos y de la licenciatura, cursé una diplomatura de tres años en una efímera Escuela de Sociología de la Universidad de Madrid que luego me convallaron algunos profesores por sus asignaturas en la Facultad.

Don Ramón, a quien sí he llamado maestro, fue para mí, sobre todo, un amigo mayor pero no un maestro en el sentido académico. Me hablaba de la Segunda República y de Manuel Azaña. Como yo le comentara mis lecturas de Marx, me invitaba a leer también a Max Weber. Recuerdo que compré de tapadillo las obras completas de Azaña por indicación suya poco después de que aparecieran en México. Fue para mí un auténtico descubrimiento. De todas formas, en los años sesenta, el principal objeto de búsqueda para los cristianos y los curas llamados comprometidos o «encarnados» en el mundo de los suburbios y de la clase obrera era el marxismo, que explicaba el presente de explotación iluminaba la marcha de la historia. Hubo un tiempo en que buscábamos a Marx como fuera. Primero, el libro del jesuita Yves Calvet, que había que leer hasta no sé qué página. Luego había que apañárselas para leer a Marx y ahí me tienes, haciéndome con los tres volúmenes de *El Capital* en la traducción de Roces.

No, no he tenido maestros en el sentido aca-

démico habitual, aunque en Madrid tuve ocasión de trabajar durante un año, el de 1971 si no recuerdo mal, con Carlos Moya, en un informe sobre la situación de la medicina en España. Con Moya, mi trato con Max Weber y con la Sociología adquirió nuevas perspectivas relacionadas con la burocracia, las señas de Leviatán y la famosa aristocracia financiera.

Volvamos a la egohistoria con tu libro La izquierda del PSOE

A la izquierda del PSOE llegué en parte de manera fortuita. Como te digo, me interesaban los movimientos revolucionarios a partir de la revolución rusa, la evolución de la socialdemocracia alemana, del comunismo ruso, y otros movimientos revolucionarios de la época. Pero al encontrarme con prensa y folletos del PSOE y del PCE en los años treinta me dediqué durante los dos años de Stanford a dar vueltas a las estrategias del proyecto largocaballerista en relación con otras corrientes de la izquierda socialista europea. Me encontré con una colección de *Claridad*, *El Socialista* o la revista *Comunismo del Bloque Obrero y Campesino* (BOC). Hoy no escribiría un libro sobre el PSOE circunscrito a dos años como ese, el bienio 1935-36, pero entonces yo no pensaba que algún día me dedicaría profesionalmente a la historia; mi interés se reducía a analizar las razones y desventuras de la política socialista.

Tengo la impresión de que la cuestión del alcance de la radicalización socialista era un tema que estaba en el ambiente de la historiografía de esos años.

Sí, es cierto, pero yo no me había enterado al estar fuera de España y fuera de los círculos de los historiadores. Cuando regresé a Madrid veo que acaban de aparecer los libros de Marta Biccarrondo y de Andrés de Blas. Yo traía el esqueleto del libro sobre la radicalización del PSOE y lo completé con fondos en la hemeroteca de Madrid. Es un libro que tiene un argumento acerca de qué es eso de la izquierda del socialismo español. Mi interés se centraba en la

cuestión de por qué fracasan las revoluciones y, en este sentido, qué había dentro de esa corriente del PSOE y por qué no dio resultados sino, al contrario, condujo a un desastre.

En aquellos años la historia del socialismo y, en general, de las organizaciones del movimiento obrero era un tema estrella. ¿Cómo se produjo tu entrada en los círculos de los historiadores españoles?

Lo recuerdo bien, porque yo era un outsider que de manera casual residía en Oxford. Y también casualmente, me llamó Manuel Tuñón de Lara para encargarme una ponencia en el X Encuentro de Pau de historiadores españoles. El encuentro, que sería el último de Pau, se dedicaba a levantar un estado de la cuestión sobre la historiografía de la España contemporánea y Tuñón me pidió que me ocupara de la Segunda República, porque alguien le había fallado. Era el curso 1978-1979 y yo disfrutaba en Oxford de una beca del banco Urquijo, que me había conseguido don Ramón Carande. Estaba en el St. Antony's College, dirigido por Raymond Carr, y con Juan Pablo Fusi, responsable del Iberian Center. Coincidí en Oxford con un magnífico plantel de investigadores de historia económica, como Antonio Gómez Mendoza, y Leandro Prados de la Escosura, y de economía, como Fernando Maravall. Mi relación con Carr fue estupenda; él me sugirió investigar sobre la Iglesia católica en vez de la lucha de clases en Madrid, pero yo, de la Iglesia me sentía ahora ajeno por completo, y en esos momentos estaba muy en boga la historia urbana: Stedman Jones y su *Outcast London*, o Joan Scott y sus *Verriers de Carmaux*. En la Bodleian Library, que recuerdo como un paraíso, tuve ocasión de leer los informes sobre la llegada de las máquinas y las grandes fábricas a las ciudades inglesas. Fue un año magnífico, la verdad, que me puso en contacto a la vez con Carr y con Tuñón: no se puede pensar mejores compañías para entrar en lo que llamas círculos de historiadores españoles.

Sin embargo, siempre has estado muy interesado por la sociología histórica, que está emparentada

con la historia comparada a pesar de la dificultad de la misma por los contextos y por el necesario dominio de varias historias nacionales.

Siempre he llegado a mis temas españoles a partir de lecturas sobre temas extranjeros, aunque nunca he escrito historia comparada. La historia comparada tiene interés, pero yo no he ido por ese camino. Traduje dos libros de sociología histórica, de Perry Anderson, sobre las diversas genealogías del estado absolutista y sobre las transiciones de la antigüedad al feudalismo y disfruté mucho de esas grandes construcciones. Lo que pasa es que, a mi, una vez que me hago con el marco y entiendo el gran proceso, lo que me interesa es el detalle del caso, que me parece lo propio de la mirada del historiador. Si previamente, o al mismo tiempo, vas estudiando lo que ha ocurrido en otros lugares, al final lo que ocurre es que tu mirada sobre el caso se enriquece porque añades nuevos recursos para tu interpretación.

Si, por ejemplo, has trabajado sobre la socialdemocracia alemana, que era tan fuerte, casi un Estado dentro del Estado, y ves cómo sucumbe ante el avance del nazismo sin ser capaz de reaccionar... Ese estudio te arma la cabeza para entender qué ha pasado en otro lugar. Y eso mismo me ha vuelto a pasar con mis trabajos sobre intelectuales. Antes de escribir sobre las *Historias de las dos Españas*, que es una historia de los intelectuales en España, de sus sucesivas generaciones, me leí una enorme cantidad de literatura sobre intelectuales en Francia, en Alemania, en Rusia, que en el libro no aparecen pero que son como el sustrato sobre el que he montado mi propia interpretación.

Ésta sería tu cuarta gran línea de investigación, después de la historia del socialismo español, la historia de Madrid y la biografía de Azaña.

Sí, cuatro líneas que han coexistido en el tiempo, ya que sobre Madrid escribí otro libro con David Ringrose y Cristina Segura, *Madrid. Historia de una capital*, que aun sigue vivo, y a Manuel Azaña volví con la edición de sus obras

completa y una biografía que lo acompaña de la cuna a la tumba.

Unas líneas de investigación que, por otro lado, siempre has dejado abiertas, con una promesa de continuarlas. Eso es lo que has hecho con la biografía de Azaña o la historia de los socialistas españoles hasta 1982. En el caso de las organizaciones socialistas después del libro sobre la izquierda del PSOE, hiciste un largo estudio preliminar a los escritos de Largo Caballero, un libro de síntesis sobre los socialistas durante los años treinta y, finalmente, en 1997 el libro *Los socialistas en la política española*.

En este último, dejas abierta la posibilidad de estudiar la época socialista de Felipe González, algo que en efecto habías realizado en numerosos artículos en El País a lo largo de los años noventa con un juicio muy crítico. Por lo que conozco, te habías aproximado al PSOE tras el golpe de Estado de febrero de 1981, con un grupo de intelectuales del entorno de la revista «En Teoría».

Me acerqué, pero no me llegué a afiliar. Eso fue una especie de decisión colectiva del grupo de la revista *Zona Abierta*, que animaban Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Reverte, dos tipos sin igual. Creo que en el grupo de solicitantes también estaban Joaquín Arango y Mercedes Cabrerá, y no sé si Julio Carabaña, es decir, que me encontré en muy buena compañía. El golpe de Tejero nos convenció de la necesidad de entrar en un partido, y lo más cercano de todos era el socialista. Así que decidimos incorporarnos al PSOE y salió en *El País* una nota en la que aparecían nuestros nombres; pero el tiempo pasó y yo no formalicé la inscripción.

Era un grupo de diez intelectuales con un tapado, que no sé si sería Fernando Claudín, aunque por razones históricas me extrañaría.

No creo que Claudín solicitara nunca la afiliación. Enseguida fue director de la Fundación Pablo Iglesias y gracias a Fernando se organizaron tres ciclos sobre historia del socialismo en España, que yo coordiné, pero nunca llegué a

recoger el carné del PSOE. Me pasó como con el PCE a la vuelta de Stanford, cuando me incorporé a una célula del partido comunista y al final no llegué a confirmar mi afiliación.

¿Teníais alguna pretensión de ejercer un debate teórico en el seno del PSOE? Recuerdo que en 1984 publicaste, junto a Ludolfo Paramio, un balance de los dos primeros años de gobierno socialista en la revista Leviatán. Sin embargo, tu paso por la administración socialista como director general duró solo unos meses de 1991, tras la dimisión de Alfonso Guerra de la Vicepresidencia.

Mi capacidad de militancia quedó agotada tras mi paso por la Iglesia. Cuando salí de ella, ya no pude creer en nada con parecida intensidad. Como decía aquel a quien trataban de convertir a alguna confesión protestante: Hombre, si no creo en la Iglesia verdadera ¿cómo voy a crear en la falsa? Y de mi fugaz paso por la administración socialista, fui director general del Libro durante un periodo brevísimo, creo que tengo el record. Jorge Semprún me llamó a mitad de febrero de 1991 y dimití a finales de marzo al ser nombrado Jordi Solé Tura. No tenía ninguna diferencia con el nuevo ministro, pero solamente había aceptado el cargo por la extraordinaria circunstancia en la que Semprún me lo propuso, cuando le quedaba muy poco tiempo —o eso creía yo, y así se lo dije— para su salida del Ministerio. Estuve unas semanas más, a la espera de mi sustitución, hasta que un día apareció mi nombramiento como director también de la Biblioteca Nacional; sorprendido por una iniciativa tomada sin previa comunicación (solo porque era necesario que alguien firmara los pagos debidos a los servicios de limpieza, que el interventor se negaba a autorizar) ese mismo día anuncié en la prensa que el nuevo ministro tenía desde su llegada mi dimisión como director general encima de la mesa.

En cualquier caso, son años en los que estás muy cercano a las fundaciones socialistas, en especial, con la Fundación Pablo Iglesias, en la organización de seminarios y publicaciones.

En realidad, todo fue por amistad, pero nunca tuve una relación institucional con ninguna fundación de ningún partido. Fue por amistad con Fernando Claudín por lo que organicé, con la impagable colaboración de Duca Aranguren, esos tres seminarios sobre la historia del socialismo español y los dos sobre la Europa del siglo XX, junto a Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña. También por los primeros ochenata, Ludolfo Paramio me propuso formar parte del consejo editorial de *Zona Abierta* cuando se refundió con la revista *En Teoría*.

¿Hasta qué punto crees que el estudio del PSOE en el poder después de 1982 requiere un cambio de enfoque, en el sentido que hay que analizar las relaciones entre partido, grupo parlamentario y gobierno?

Después del 82, ya no es sólo la historia de un partido que ha tenido una relación con el poder del gobierno muy limitada a los años de la República y la guerra. En 1982 es un partido con mayoría absoluta y una historia del partido exigiría estudiar sus políticas desde el poder. Por eso el libro *Los socialistas en la política española* lo dejé en 1982, momento hasta el que se podía reconstruir con suficiente perspectiva la línea que va del exilio al gobierno. Escribí una especie de epílogo que quería ser una síntesis de los años de gobierno hasta 1996, pero al final lo dejé fuera, a la espera de que se apaciguaran las emociones del momento. Ahora no descarto completar la historia, si el tiempo me es propicio.

Caracterizas el proceso interno del PSOE en los años setenta como una refundación que la Academia define como «Acción y efecto de transformar radicalmente los principios de una institución», mientras que yo lo caracterizo como una renovación político-ideológica, unida a una reestructuración organizativa, en la que no hay ruptura con el exilio. Además focalizas tu atención en lo ocurrido en el partido, sin tener en cuenta lo que ocurre con las Juventudes o la UGT, cuya renovación arranca desde el mismo exilio, sobre todo de la segunda generación

compuesta por hijos de refugiados del 39, huidos de la primera clandestinidad y emigrantes.

Efectivamente, se trata del mismo partido, refundado a partir de Suresnes: se refunda lo que existe para adaptarlo a circunstancias completamente distintas, a una nueva situación. Refundar no es romper la organización, ni optar por la salida para crear una nueva. El acierto del grupo de Felipe González, a diferencia de Tierno y de los grupos que pululaban por el interior, consistió en dar la batalla dentro del mismo partido, convencidos de que la memoria histórica jugaría a su favor. Creyeron que las siglas y la organización poseían un alto valor histórico y de futuro, y se dijeron: nos hacemos con la dirección y la traemos a España. Y, a diferencia del PCE, que mantuvo su vieja dirección del exilio, acertaron.

Sí, yo caracterizo la evolución durante los años setenta con el PSOE como un proceso de transición que arranca desde la segunda generación del exilio con las Juventudes Socialistas y la UGT para culminar en 1979. En 1979 y 1984 se harán modificaciones en el modelo de partido centralizado con la representación indirecta de las agrupaciones de la base, la aceptación de las corrientes de opinión y las incompatibilidades entre la dirección del partido y la acción de gobierno.

Yo no veo tal proceso de transición; lo que veo es una conquista de la dirección para, desde ella, adaptar el discurso y la práctica política a la situación del interior, de la que el exilio llevaba cerca de cuarenta años cortado: la militancia es nueva y se modifica la organización, además del discurso. Años después, la incompatibilidad entre ser del Gobierno y de la Ejecutiva es algo que propone Alfonso Guerra, pero que no afecta ni al presidente ni al vicepresidente, solo a los ministros: un primer paso en la escisión en la cima que se consumará desde 1991. En parte, no seguí estudiando lo posterior a 1982 porque en los años noventa no estaban catalogadas ni disponibles las fuentes. En la Fundación no había apenas nada y del partido me dijeron que estaba todo amontonado en un almacén. Es un

libro que hoy, quince años después, necesitaría una actualización, porque han aparecido muchas cosas sobre la represión, el exilio o los años de la Segunda República y la guerra.

Se puede decir que has sido uno de los primeros reivindicadores de la figura de Negrín, con un artículo publicado en El País en 1992, «La doble derrota de Juan Negrín». Ahora, en cambio, se ha producido una explosión de rescatadores de su presunto olvido, en la que has guardado un cierto silencio

Bueno, lo escribí con ocasión del centenario de su nacimiento para explicar el doble motivo de la mala fama que rodeó a su figura: último resistente, derrotado también por los suyos: por eso hablé de una doble derrota. Pero ya mucho antes Gabriel Jackson había ofrecido de él una imagen muy equilibrada. Luego han aparecido las buenas monografías de Ricardo Miralles y Enrique Moradiellos. Sin contar la tetralogía de Ángel Viñas, que se detiene minuciosamente en la gestión del presidente del gobierno, basada en documentación original. Por mi parte, he vuelto a Negrín en mi biografía sobre Azaña, en la que me detengo en la relación entre los dos presidentes. Son dos personalidades muy distintas. La estrategia de Negrín fracasó en un punto central: su convicción de que una batalla decisiva podría cambiar el curso de la guerra civil, al modo en que durante la Gran Guerra lo creyeron los estrategas militares, franceses y alemanes. Y Azaña falló en otro: su expectativa en una intervención extranjera, ya que creía que Inglaterra y, sobre todo, Francia, por su propio interés, no dejarían caer a la República española. Creo que el biógrafo, por mucha empatía que tenga con su personaje, no debe renunciar a realizar un análisis crítico: esa renuncia a la crítica carece de sentido en un historiador. El historiador no defiende una causa al escribir una biografía, trata únicamente de hacer comprensibles su personaje y las decisiones que toma.

¿Qué opinas de la caracterización de Fernando del Rey sobre el PSOE en los años de la República

como un partido con una visión patrimonialista del nuevo régimen? En el socialismo español hay una tradición insurreccional debido a los límites democráticos de la monarquía liberal. Prieto todavía lo está diciendo en 1930: es imposible llegar al poder por una vía meramente electoral, debido a las resistencias del sistema de poder de la monarquía.

No es que los socialistas pensaran que la República fuera suya. Creo que cuando salen del gobierno los socialistas –PSOE y UGT– creen que la Segunda República está acabada, que la etapa republicana ha dado de sí todo lo que de ella podía esperarse. Para los socialistas, la República era una etapa del camino hacia el socialismo en la que debían colaborar con los republicanos de izquierda; con lo que entendieron como expulsión del gobierno en la crisis de septiembre de 1933 quedaba cumplida esa fase. Al darla por cerrada, el único horizonte era para muchos de ellos continuar la marcha al socialismo. Y ahí es cuando recuperan la vieja idea de que para llegar al socialismo hay que conquistar en solitario el poder. El proyecto de la izquierda del partido, de los seguidores de Largo Caballero, cobra entonces nuevos vuelos. La izquierda está convencida de que van a ganar las elecciones y si las elecciones no llevan al gobierno, entonces habría que ir a la lucha por todos los medios.

¿Cómo se produjo tu vinculación académica con la Universidad Nacional de Educación a Distancia?

Gracias a Carlos Moya y a Mari Carmen Ruiz de Elvira, que me llamaron en 1979 para ocupar una ayudantía vacante en el ICE. Luego, cuando se creó la Facultad, del área de Sociología, en la que me «idoneicé», pasé al área de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, porque aquí no había nadie para ocuparse de las asignaturas del área. Y en el área y el departamento que bautizamos como de Historia Social y del Pensamiento Político me he quedado hasta la jubilación, y aquí sigo de emérito, muy a gusto, la verdad.

Otra de las facetas de tu trayectoria como historiador ha sido la dirección de tesis, la promoción de libros colectivos y la realización de seminarios sobre la historia contemporánea de España.

La mayoría de los doctorandos han llegado con su tema definido y, en algunos casos –no siempre, porque hay otros que exigen un minucioso trabajo de lectura– la dirección de tesis ha resultado un ejercicio muy grato. Desde hace más de veinte años, con José Álvarez Junco, mantenemos un seminario de historia, con sesiones regulares en la Fundación Ortega y Gasset. Más que discípulos o ayudantes de investigación, lo que nos interesa al grupo de profesores que nos reunimos es el debate, la discusión a fondo de los trabajos que se presentan. En mi opinión, el trabajo del historiador es como el de un artesano, aunque Febvre creía que esa figura estaba ya a punto de desaparecer. Se debate en grupo, pero se investiga individualmente, sin contacto físico con las fuentes no hay escritura de historia que valga.

Para terminar, se puede decir que has sido muy crítico con el uso político de la guerra y del franquismo desde la llegada del Partido Popular al poder en 1996. Quizá se podría observar un giro conmemorativo desde el final de los años ochenta, con Semprún en el Ministerio de Cultura, pues no en vano había sufrido el drama de la guerra y el exilio. Además, es el momento del cincuentenario del final de la guerra y de la muerte de alguno de los principales protagonistas como Azaña, Besteiro o Companys.

Mis recuerdos son que desde los años de la Transición, la guerra y la dictadura han sido temas de debate público recurrente, como prueban las miles de publicaciones de todo tipo que se han ocupado de ellas, los cientos de coloquios y congresos que se han organizado, las películas, las novelas, las exposiciones, las series documentales de televisión, todo eso antes de que Semprún llegara al Ministerio. Creo, y he tratado de documentarlo, que fue una memoria de la guerra, compartida por hijos de los vence-

dores y de los vencidos, y no la amnesia, lo que condujo a la amnistía. En los años ochenta y noventa nunca se dejó de debatir sobre el pasado, con ocasión o no de los sucesivos aniversarios: proclamación de la República, revolución de octubre, inicio de la guerra, fin de la guerra. Sin embargo, hay algo nuevo en torno a 2000, que es la cuestión de las fosas. Aunque algo había aparecido ya en los años de la transición, no existía entonces la misma posibilidad de realizar exhumaciones y de verificar pruebas de identificación. Pero a partir de 2005, creo que ha sido una mala opción política subvencionar a asociaciones privadas e incluso a particulares para que realizaran los trabajos de exhumación y digno enterramiento de las víctimas. Una vez comprobada la magnitud de la tarea, el Estado debía haber asumido desde el primer momento la exhumación de las fosas de las víctimas de la represión franquista, con sus propios recursos y dedicando a la tarea los funcionarios que fuera menester. Y he defendido también que están en su derecho tanto las familias que opten por convertir el lugar del crimen en un lugar de memoria como los que demandan exhumar los restos y trasladarlos a los cementerios.